

REFLEXIONES EN TORNO A LA IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO EN SANTO DOMINGO

Francisco Merlos Pbro.*

Recorrer el itinerario de la IV Conferencia de Santo Domingo es participar sin más en la historia reciente del Continente. En América Latina la Iglesia suele fundirse con la realidad socio-cultural, pues los mismos protagonistas están presentes en una y en otra. No resulta sencillo ser latinoamericano sin asumir esta situación en la que no se distinguen fronteras muy precisas.

De allí que reflexionar sobre el acontecimiento de Santo Domingo signifique tocar de alguna manera la vida del continente en todas sus dimensiones vitales que van desde lo económico y político, hasta lo religioso, lo histórico y lo ético, pasando por lo demográfico, lo laboral y lo familiar.

Podemos recordar los tres momentos que siguió Santo Domingo destacando en cada uno de ellos algunos rasgos característicos.

- Santo Domingo: el horizonte (La preparación)
- Santo Domingo: el encuentro (La celebración)
- Santo Domingo: el proyecto (La proyección)

1 - EL HORIZONTE (PREPARACION)

Desde su preparación, Santo Domingo fue visto como un horizonte al que había que llegar. Era necesario tomar el pulso a un período importante de la historia de un pueblo cuyo entorno cultural había sido marcado profundamente por la fe de 500 años, pero sujeto a un proceso de deterioro preocupante en todos los aspectos de su vida.

* Experto en pastoral y catequesis, Mexicano

El *kairós* de América Latina se descubre como un espacio donde el Evangelio ha dejado huellas profundas en su entorno cultural, pero al mismo tiempo como un lugar donde los abundantes signos de muerte parecen decir que el Evangelio no ha logrado penetrar suficientemente las raíces de la cultura latinoamericana.

La preparación de la IV Conferencia, nació bajo la turbulencia de los 500 años. La fecha por sí misma evocaba sentimientos contrastantes, contradictorios y hasta irreconciliables: ¿celebración ingenua o reivindicadora, triunfalista o crítica, festiva o expiatoria? parecía un dilema ineludible. La Iglesia, al igual que la sociedad latinoamericana se veía concernida inevitablemente por un acontecimiento difícil de evadir. Había que definirse y tomar posición, subrayando claramente lo que se quería celebrar: 500 años de la presencia del Evangelio en un continente donde aquel es continuamente negado.

En el CELAM se inició una fase preparatoria casi desde el momento mismo en que apareció la idea germinal de la Nueva Evangelización propuesta por el Papa en Haití y Santo Domingo (1983-1984). Al igual que en Río, Medellín y Puebla comenzaron a madurarse iniciativas para llevar a realización un evento que debía culminar en 1992 y sacudir la conciencia de los latinoamericanos.

A partir de 1987 se generó un proceso constituido por tres elementos que darían la materia prima y sobre todo pondrían a la Iglesia Latinoamericana en estado de reflexión con miras a la IV Conferencia. Estos elementos fueron: sondeos, documento-consulta-documento. A través de este sencillo y eficaz procedimiento se fueron perfilando los grandes temas que serían la inspiración de fondo para la IV Conferencia.

Es normal que se hayan suscitado desde el inicio expectativas que fueron creciendo a medida que se acercaba la fecha de 1992. De estas expectativas destacaban algunas que merecían especial atención por ser puntos neurálgicos que determinarían la selección de la temática y el enfoque de la misma: nueva situación de América Latina, crisis de los sistemas socio-económicos, deterioro de la calidad de la vida; y en la Iglesia puntos como el avance de las sectas, el poco impacto de la evangelización en la cultura urbana, el aumento de los grupos y movimientos de Iglesia, las CEBs, la consolidación de las opciones de Medellín y Puebla.

Fue igualmente normal el surgimiento de temores nacidos de las distintas corrientes que se dan en la Iglesia respecto a los acentos, las interpretaciones y las estrategias para afrontar la realidad actual del continente.

2. - EL ENCUENTRO (CELEBRACION)

Conviene señalar desde el principio que la celebración de la IV Conferencia estaba marcada por todo lo que se venía viviendo desde su fase preparatoria. Las mismas esperanzas y temores, los mismos recelos, corrientes subterráneas, posiciones teológicas, etc. encontrarían allí un espacio natural para definirse y concentrarse en lo que sería la gran palabra de Santo Domingo a las Iglesias de América Latina.

El clima propiciado por la presencia del Papa parece invitar a la audacia en el servicio profético del Evangelio: "La *"parresía"* ha de ser el sello de nuestro apostolado en América Latina" proclamaba él en 1a sesión inaugural. La palabra del Papa, sin embargo, fue acogida de diversas maneras en el espíritu de los participantes. Y ello tuvo sus consecuencias en el desarrollo de la IV Conferencia

Ciertamente el discurso inaugural y los anteriores Mensajes Pontificios estaban señalando líneas orientadoras a los trabajos de la IV Conferencia. Comparando el mensaje de inauguración con el documento final puede afirmarse que existe entre ambos una coincidencia sustancial, a tal punto que uno puede considerarse comentario del otro.

La celebración de la IV Conferencia puede contemplarse desde ángulos y niveles diferentes. Los participantes y testigos, podemos tener apreciaciones que varían según nuestra sensibilidad histórica y nuestra percepción teológica y pastoral de lo ocurrido allí. También según el grado de implicación que en la celebración hayamos tenido.

En su dimensión humana Santo Domingo fue el punto de convergencia de una Iglesia con rostro claramente humano, por un lado los allí presentes eran conscientes de que América Latina merece una palabra de esperanza, de reconocimiento a su dignidad, y a su mayoría de edad, de acompañamiento solidario y apertura respetuosa al diálogo con todos; pero por otro se vivió la persistente dificultad que no permite poner las exigencias del Evangelio y de la Iglesia por encima de los intereses personales o de grupo.

De allí las tensiones vividas y los conflictos surgidos cuando se trataba de dejar que el Espíritu hablara por la boca de los pastores venidos de las Iglesias latinoamericanas. Siempre estuvo presente la tentación de querer imponer la propia interpretación, las propias opciones o el propio estilo de trabajo, como el criterio supremo al que deben ajustarse los restantes miembros del pueblo de Dios.

De hecho las incertidumbres y los malestares vividos pudieron tener esta explicación: fomentar una participación controlada tomando decisiones que

dejaban insatisfecha a la Asamblea o tener la delicadeza y la audacia de reconocer que los pastores de América Latina son capaces de actuar con madurez evangélica? Dilema que se hizo presente en todo instante.

Por lo demás tampoco puede ignorarse el magnífico intercambio que hubo entre los participantes, lleno de simpatía, optimismo preocupación y esperanza. Se percibía una corriente fraterna que los identificaba.

En su dimensión cristiana se puede afirmar con toda certeza que la celebración de Santo Domingo fue un amplio ejercicio de vida teológica, y una profunda vivencia del Misterio de la Iglesia.

Como ejercicio de vida teológica pudimos comprobar la invisible conducta del Señor que a través de su Espíritu va tejiendo la historia de nuestras Iglesias en los participantes. Sólo con una fe probada, una esperanza creativa y un amor inagotable era posible desentrañar el sentido oculto de muchos gestos y actitudes, signos y momentos vividos como creyentes al ritmo de la IV Conferencia. De no haber sido así, la celebración de Santo Domingo se hubiese mantenido en un plano voluntarista y hasta cierto punto ajeno al Evangelio.

En cuanto experiencia del Misterio de la Iglesia, hay que aceptar un hecho simple y complejo a la vez: Se congregó allí la Sola y Unica Iglesia de Jesús, la que vive nutriendo la unidad sustancial de su fe en el Evangelio, entregado a ella como ley suprema de su ser. Pero también se vivió una Iglesia que no ha roto totalmente con su pecado, con su egoísmo y con su idolatría expresados en los conflictos que pretenden someter al hermano, en lugar de respetarlo en su libertad.

En Santo Domingo la Iglesia Una también se manifestó en la multiforme variedad de sus carismas y de servicios al pueblo de América Latina.

Se pudo percibir una Iglesia con matices variados:

- Más dispuesta a proclamar el Evangelio con acentos nuevos y actuales por ser más sensible a las realidades del Continente.
- Una Iglesia que busca y trata de ofrecer respuestas, pero sin tener siempre la solución a todos los problemas que se le plantean. Una Iglesia que tiene necesidad de ser más humilde y de aprender a pedir perdón donde quiera que haya empañado el rostro del Evangelio.
- La Iglesia que vimos en la IV Conferencia vivió intensamente lo que constituye su experiencia cotidiana: tensiones y luchas, esperanzas y desencantos, certezas y dudas, tristezas y gozos. Según un Obispo participante, la Iglesia allí presente caminaba "entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios", citando a San Agustín.

La celebración misma de la IV Conferencia puede considerarse como un verdadero lugar teológico, entendiendo por lugar teológico, una realidad o coyuntura especialmente llena de signos que revelan las intenciones salvadoras de Dios y, por eso interpelan con urgencia a nuestra fe, pidiéndole una respuesta inaplazable.

- Signos que fueron los participantes con su peculiar interpretación de la realidad, su amor por la Iglesia y su experiencia de cristianos y de Pastores.
- Los signos de los diálogos francos, sencillos y fraternos, en los cuales se acrecentaba la pasión por el servicio.
- Signos que fueron los momentos especialmente difíciles y conflictivos en los cuales se tuvo que vivir a fondo el Misterio Pascual y la obediencia al Espíritu.
- Signos que se expresaron en las actitudes, las reacciones y las formas divergentes de plantear los mismos temas.
- En fin, signos variados que había que leer entre líneas.

Algo que merece una especial consideración es lo que podría llamarse la difícil hermenéutica de la fe que en Santo Domingo tuvo su mejor expresión en las teologías e interpretaciones legítimas que se dieron en los participantes a la hora de enfocar las cuestiones fundamentales. Los presupuestos epistemológicos desde los cuales se hace la hermenéutica, originan procesos e inteligencias diversas, posturas y expresiones plurales que a menudo pueden parecer antagónicas, aunque en realidad sean complementarias. Hermenéutica y pluralismo avanzan inseparables. ¿Existe una hermenéutica unívoca de la fe o pueden darse interpretaciones legítimas y variadas de la misma, capaces de servir como vehículo a la expresión inagotable de la única fe? ¿Hay alguna que tenga el predominio sobre las otras, o todas son aceptables mientras respeten la sustancia del hecho cristiano?

3.- EL PROYECTO (PROYECCION)

Como Medellín y Puebla en su momento, Santo Domingo será visto al mismo tiempo como Acontecimiento y como Documento. No existe una coincidencia plena entre ambos, aunque no es posible separarlos para comprenderlos. El acontecimiento tiene la ventaja de recoger la más profunda riqueza de lo vivido; en toda la densidad de la experiencia espontánea que a veces ni siquiera puede expresarse en su totalidad. Esta es la vertiente vital de la historia.

El documento escrito, tiene la virtud de la comunicación en forma permanente y hasta cierto punto definitiva. La letra se hace referencia obligada para encontrarse con la experiencia vivida y así poder recrearla incesantemente a la luz de nuevas situaciones. Esta es la vertiente documental (literaria) de la historia.

Santo Domingo, *Documento y Acontecimiento*, puede ofrecernos algunas perspectivas de futuro que es bueno destacar:

1. Es una señal profética que recoge la voz del Espíritu que sigue hablando a todas las Iglesias y a todos los hombres y mujeres que no quieren que la esperanza se extinga en América Latina. Los grandes temas abordados en Santo Domingo contienen una carga profética, pues tocan las fibras más sensibles y más lastimadas de América Latina, denunciando las idolatrías y proponiendo alternativas que rescaten el ser y la dignidad del Continente.
2. De allí su capacidad inspiradora, para hacer de la Iglesia un sacramento más creíble, por estar más cercana y ser más auténtica. De la credibilidad depende en gran medida el futuro de la fe expresada, en la Nueva Evangelización, en la promoción humana y en la cultura cristiana que se quieren impulsar. Pero debe ganarse con gestos, acciones y actitudes que sean transparencia del Dios que sólo habla desde el interior de la historia y espera por lo mismo compromiso con ella.
3. Las opciones reafirmadas en Santo Domingo y anteriormente proclamadas en Medellín y Puebla dan a la Iglesia de América Latina un perfil más definido. Le proporcionan una conciencia más lúcida del estilo de vida y de servicio que está llamada a ofrecer, al mismo tiempo que la sostiene en su empeño por realizar su proyecto evangelizador al interior de la historia de los pueblos del Continente. Las opciones reafirmadas desde hace años constituyen ya una reciente tradición eclesial que no se puede abandonar si se quiere obedecer al Señor de la historia.
4. Santo Domingo es también una nueva interpelación para llevar a cabo rupturas necesarias, que nos liberan de nuestros miedos y nuestras ambiciones, de nuestras ambigüedades, nuestras indecisiones y nuestras resistencias que impiden construir un mundo latinoamericano donde se refleje con mayor transparencia el Reino de Dios. Las rupturas suelen acarrear conflictos, que exigen un discernimiento de calidad para salvaguardar lo esencial, promoviendo con perseverancia y fortaleza, la indispensable comunión. Una

comunidad que puede resultar crucificante y dolorosa, pero no por eso menos necesaria como ascesis pastoral.

5. No se puede pensar en Santo Domingo sin pensar en la esperanza que lo nutre y lo proyecta al futuro. La esperanza cristiana que Santo Domingo suscita se inscribe en el proceso evangelizador del Continente donde encontramos muchas razones para seguir esperando, así como muchos motivos que parecen destruir nuestra esperanza. Las situaciones eclesiales y sociales de nuestros pueblos aguardan una esperanza creativa, es decir, capaz no solo de reflexionar en lo que ocurre o en lo que conviene hacer, sino también en implementar las estrategias y los proyectos que puedan edificar un futuro deseable, distinto al futuro que parece previsible.
- 6 - Santo Domingo es, en su conjunto, el gran desafío pastoral que ofrece, una vez más, a América Latina la oportunidad de continuar el diálogo transformador del Evangelio con la historia y la cultura de nuestros pueblos.